

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 2, Número 2, Agosto 1993

Las mujeres trabajadoras en São Paulo: De obreras no-calificadas a esposas profesionales

Barbara Weinstein

pp. 45-57

La mujeres trabajadoras en São Paulo: De obreras no-calificadas a esposas profesionales

Barbara Weinstein

EN su difundido libro *Gender and the Politics of History* (1988), Joan Scott se refiere reiteradamente a la construcción del concepto de “mujer trabajadora” y de las categorías de “trabajo calificado” y “no-calificado”. Quizás lo más discutible sea su análisis del célebre caso de Sears Department Stores, en el cual Scott absuelve a la empresa de toda responsabilidad histórica real por la discriminación laboral contra mujeres, dado que la categoría de “mujer trabajadora”, con sus limitaciones e incapacidades, ya había sido formulada mucho antes de que Sears comenzara a clasificar a su personal según su sexo. La argumentación de Scott refleja claramente su propia inmersión en con-

cepciones postestructuralistas y foucaultianas del poder y la jerarquía, con su falta de énfasis en la agencia y la responsabilidad.

Ciertamente, la categoría histórica diferenciada de mujer trabajadora, con sus implicaciones específicas (no-calificada, temporaria, doblemente oprimida pero no consciente de ello), es suficientemente ubicua como para parecer “natural” —“naturalidad” que constituye el objetivo de toda construcción social. Pero, a diferencia de Scott, yo prefiero destacar el proceso mediante el cual esas identidades son constantemente reproducidas y reforzadas por actores humanos que promueven políticas e ideologías específicas respecto de las diferencias sociales en-

Profesora Asociada de Historia y ex-directora de Estudios de la Mujer en la State University of New York at Stony Brook. Actualmente completa un volumen sobre los industriales y las estrategias de control social en São Paulo, Brasil. Enseñó en el Depto. de Estudios Españoles y Latinoamericanos en 1993.

tre los sexos. En el caso de São Paulo, entre las décadas de 1910 y 1950 puede observarse una contracción de los roles laborales aceptables para mujeres, activamente promovida por representantes de diversos grupos, hasta que sólo resulta legítimo el de "ama de casa". Si bien no son los empleadores, dirigentes sindicales, educadores y asistentes sociales quienes inventaron la categoría de mujer trabajadora, no obstante es evidente que contribuyeron activamente a la creación de dos imágenes contrapuestas de la mujer: la imagen marginal de la mujer que trabaja por dinero, y la idealización del ama de casa. Los industriales y educadores, en particular, jugaron un rol activo en la formulación de programas y reglamentaciones que sirvieron para estrechar la definición de los roles adecuados para una mujer.

La posición de las mujeres en la fuerza de trabajo industrial de São Paulo durante las primeras décadas de la industrialización (desde la de 1890 a la de 1920), es muy conocida. La industria textil, indudablemente el ramo mayor de la manufactura y el que más se aproximaba a la noción de "industria moderna", empleaba gran cantidad de mujeres.¹ Un estudio de 31 hilanderías con un total de 9.500 obreros, realizado en 1912, revela que casi el 72% del personal era femenino. Aquí evito deliberadamente el uso de la palabra "mujer", ya que sólo un cuarto de ese personal era mayor de 22 años (Wolfe 1990, p. 12). En otras palabras, el rol de las mujeres adultas en la fuerza de trabajo industrial era mucho menor de lo que puede creerse a primera vista. Además, es posible suponer que al menos un sector de las mujeres mayores de 22 años eran solteras o viudas sin familia que atender. Por ende, la clásica imagen de la mujer haciendo malabarismos entre las exigencias económicas y las tareas domésticas puede haber sido aplicable a una porción relativamente pequeña de esa fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, era generalmente reconocido que una cantidad substancial de mujeres circulaba entre el hogar y el trabajo pago; es probable que el número de mujeres adultas de la "clase obrera" que nunca trabajaron fuera de su casa haya sido muy pequeño.

Los debates de la época sobre las mujeres y el trabajo en São Paulo (en su mayoría realizados por hombres) exhibían la misma ambivalencia desplegada en otros contextos culturales. Como lo muestra Susan Besse en su estudio sobre las concepciones cambiantes de los sexos en el desarrollo industrial de São Paulo, existía una cre-

ciente conciencia de que las mujeres, aun las casadas dentro de la clase media, necesitaban trabajar fuera del hogar (Besse 1983). Dentro de la clase obrera, ello podía deberse a los bajos salarios de los hombres, los frecuentes despidos y suspensiones, y las enfermedades o los accidentes, mientras que las mujeres de ambientes más "elegantes" podían estar motivadas por la necesidad de mantener cierto estilo de vida frente a la inflación y a las exigencias financieras de la vida urbana. El empleo fuera de la casa era constantemente descrito como una necesidad lamentable pero ineludible (y ello inclusive en revistas y asociaciones femeninas). La cuestión era, pues, qué tipo de trabajo resultaba adecuado o aceptable para las mujeres.

Quizás con la única excepción de las prostitutas, la figura femenina más estigmatizada o problematizada en el campo laboral era la obrera industrial. Las manufacturas textiles empleaban de buena gana una gran cantidad de mujeres y de niños, con salarios muy por debajo de los de los obreros adultos; al mismo tiempo, los políticos, educadores, periodistas y dirigentes sindicales reformistas (hombres) protestaban contra dicha práctica y reclamaban el fin del empleo industrial de mujeres, ya que éstas no sólo abandonaban a sus hijos y hogares, sino que constituían una fuerza de trabajo no calificada, indiferente a la organización sindical y moralmente comprometida.²

En mi propia investigación, me interesa particularmente la cuestión de su preparación profesional. Ante todo, es necesario destacar que la categoría de "calificación laboral" es también una construcción. Como lo señala Joel Wolfe en su estudio de la industria textil paulista, en las fábricas textiles, las mujeres que dominaban la sección de hilandería (y en algunos casos también la tejeduría) eran frecuentemente expertas en máquinas anticuadas y sobreusadas, y esta "especialización" resultaba sumamente conveniente al empleador (Wolfe 1990, pp. 17-18). Pero el concepto de calificación que dominaba en el ámbito de la educación industrial rechazaba ese conocimiento "empírico" y abogaba por un conocimiento técnico "sistemático". Desde ya, el enfoque empírico era tan criticado en los obreros como en las obreras, pero se consideraba que las profesiones masculinas eran más susceptibles de un entrenamiento sistemático y teórico. En cuanto a cómo se adquiría dicho entrenamiento, en la mayor parte de los casos se trataba del aprendizaje tradicional y menos formaliza-

do, en el cual los trabajadores más viejos enseñaban a los más nuevos. Ello significaba que las mujeres tenían pocas oportunidades de adquirir dichos conocimientos, ya que los obreros calificados, hombres en su gran mayoría, tendían a no aceptarlas como aprendices. Con todo, algunas mujeres, mediante considerable esfuerzo, adquirieron ciertas técnicas, por ejemplo, la tejeduría, observando a otros trabajadores, quizás sus padres o hermanos. De este modo, el sistema tendía a excluir a las mujeres, pero no de manera absoluta.³

El primer intento considerable de sistematizar la educación vocacional en São Paulo comenzó en 1911 con la fundación de las "escuelas profesionales" estatales. Es interesante señalar que desde el comienzo el estado creó una Escola Masculina (EM) y una Escola Feminina (EF), dando así reconocimiento a la rápida entrada de las mujeres en la fuerza laboral y otorgándoles cierta legitimación. Pero es también importante destacar las muy diferentes trayectorias de ambas escuelas, ya que la EM se movió en una dirección más industrial, mientras que la EF evitó toda connotación de educación industrial. Por esa razón, la EM tenía inclusive talleres de hilandería y tejeduría, si bien estos operaron esporádicamente, debido a la limitada demanda por parte de los estudiantes varones, que preferían los oficios metalúrgicos y mecánicos, mejor pagados (Escola Profissional Masculina 1914, p. 12; Moraes 1990).

Esfuerzos notorios fueron invertidos en otorgar a la EF un aire de elegancia y respetabilidad pequeño-burguesa. La escuela se instaló en una antigua residencia y no en un edificio escolar (aunque la estructura estaba tan arruinada que en los años veinte se le atribuyeron estallidos de tuberculosis entre estudiantes y empleados). Su personal, casi enteramente femenino (salvo un maestro de dibujo y el director), estaba formado por graduados de la escuela normal provenientes de "buenos ambientes", que solían ser comparados ventajosamente con los instructores obreros empleados en la EM. Según el director, el personal docente estaba "compuesto por damas de nuestra mejor sociedad, de elevada cultura y carácter, que traen a la escuela buenos hábitos domésticos, modales finos combinados con capacidad técnica, adquiridos y practicados como complemento a la instrucción propiamente dicha". El programa inicial incluía diseño, corte y confección, costura, bordado y fabricación de encaje, flores y sombreros, y economía doméstica (principalmente coci-

na). Estas son, por supuesto, tareas en gran medida no-industriales. Pero vale la pena destacar que las estudiantes parecen haber estado interesadas exclusivamente en oficios rentables: nadie se inscribió en economía doméstica, por lo que el curso fue cancelado, siendo restablecido como obligatorio en 1912, y nuevamente cancelado en 1914 debido a falta de interés, quejas y el problema creado por las manos engrasadas (Escola Profissional Feminina 1922, p. 11).

Tenemos muy pocos datos acerca de qué tipo de mujeres asistían a la EF. Sabemos que en las décadas de 1910 y 1920 la EF tuvo más aspirantes que vacantes; en contraste con la EM, no tuvo dificultad en encontrar candidatos que satisficieran los prerequisites educacionales necesarios para la admisión a una escuela secundaria. En vista de este hecho, parece probable que la EM atrajera exclusivamente a estudiantes de la clase obrera, mientras que la EF atraía también a muchachas de la baja clase media. A comienzos de los años veinte, el gobernador de São Paulo propuso duplicar el tamaño de la EF para dar a las mujeres otras opciones de empleo fuera de la escuela primaria, actitud que no habría tenido sentido si el alumnado hubiese sido estrictamente proletario, ya que muy pocas mujeres de la clase obrera de esa época llegaban a ser maestras. Además, consta que el director se quejaba a menudo de las "diletantes" que asistían a la escuela para tomar clases de arte con un maestro apuesto y carismático. Es improbable que muchachas de ambientes privilegiados hubiesen invadido el edificio de la escuela si no resultara evidente que las alumnas regulares eran "respetables" (y predominantemente blancas) (Escola Profissional Feminina 1922, p. 11; Campos 1925, pp. 18-23).

El hombre que dirigió tanto la EM como la EF durante sus dos primeras décadas, Aprigio Gonzaga, procuró vigorosamente otorgar a la EF una identidad vocacional pero no-industrial. Firme partidario de la calificación de obreros varones, censuraba la presencia de mujeres en las fábricas, denunciando el empleo de mujeres y niños como la principal explicación del bajo nivel de los salarios. Tratando a ambos como categorías idénticas, exigía "la eliminación de niños y mujeres del trabajo fabril", lo cual "redundaría en el beneficio de la raza, la sociedad y la nación" (Escola Profissional Masculina 1920, p. 6). Al mismo tiempo, Gonzaga sostenía que había oficios adecuados para las mujeres, especialmente en pequeñas tiendas y talleres de

vestimenta, y luchaba contra los intentos de funcionarios gubernamentales y educadores no-vocacionales interesados en expandir el área de economía doméstica dentro de la EF. En 1920, expresó su fastidio por la designación de una profesora de economía doméstica en la EF sin consultarlo previamente (si bien, nuevamente, el curso de cocina nunca cobró vuelo, y la profesora renunció en 1924) (*Escola Profissional Feminina* 1922, p. 11).

Gonzaga se hallaba bajo el fuego de diversos sectores, debido a su decidida vindicación de la educación vocacional de la mujer. A comienzos de los años veinte, publicó un panfleto titulado "Objetivos de la educación vocacional de las mujeres", en el que intentó demostrar que es posible conciliar el trabajo fuera de la casa con el apoyo a la familia tradicional (en sus palabras, el ensayo demostraba que él no estaba "en contra de la familia"). Adoptando una postura cada vez más difundida, Gonzaga señalaba que lo que fuerza a algunas mujeres a trabajar fuera de su hogar es la necesidad económica, pero también argüía que la educación vocacional podía hacer de ellas, amas de casa más eficientes. "Una mujer educada de esta manera no será ya una mera decoración o un peso muerto en la economía de su hogar, sino una valiente y muy noble colaboradora" (Moraes 1990). A fin de obtener apoyo a la idea de la instrucción vocacional (no-industrial) de la mujer, Gonzaga capituló en cuanto a la incorporación de la economía doméstica dentro de su programa.

Ni la resistencia de las alumnas ni las críticas de Gonzaga sirvieron para desalentar la creciente campaña tendiente a reforzar el área doméstica en las escuelas vocacionales de mujeres. En 1935, una importante reforma educacional en São Paulo hizo aún más rígida la separación entre la instrucción femenina y la masculina. El nuevo código excluía específicamente a las mujeres de los cursos industriales, y aun en instituciones coeducacionales los cursos de mujeres y hombres debían estar separados (con la excepción de las clases de secretariado, un sector que en Brasil tiende a ser más mixto que en otros países). Los cursos para mujeres incluían artes domésticas, bordado, manufactura de flores, sombreros y guantes, y otras artesanías del mismo tipo. Las artes domésticas, ahora obligatorias, incluían higiene y nutrición, puericultura (para reducir la "terrible tasa de mortalidad infantil"), economía doméstica (cocina, lavado, limpieza), y *contabilidade domestica* (Silveira

1935, p. 21). Tanto alumnos como alumnas estaban autorizados a vender al público los objetos fabricados en clase. En el caso de los varones, la mitad de los ingresos era para la escuela y la otra mitad para ellos mismos. Pero en el caso de las mujeres, la segunda mitad entraba en un *peculio*, un fondo que les sería entregado cuando se graduaran, para ser usado en la erección de un nuevo hogar o en la apertura de un pequeño comercio. En resumen, la preparación de las mujeres para la vida doméstica se había convertido para los educadores vocacionales (aunque, en mi opinión, no para las estudiantes) en un objetivo tan perentorio como la instrucción para un empleo específico.

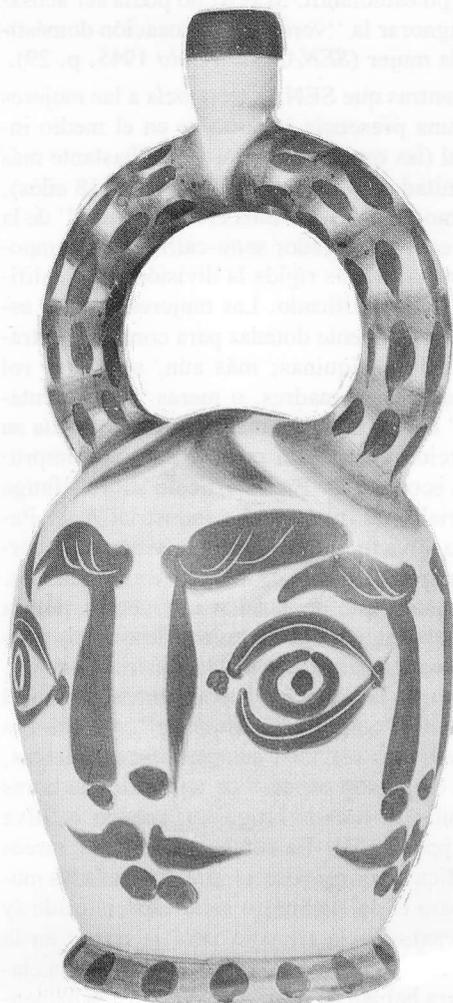


MUCHOS de los educadores y tecnócratas (hombres) que se ocuparon de formular la política de educación vocacional en São Paulo (ya entonces el principal centro industrial de Brasil), jugaron también un rol prominente en los debates sobre educación laboral a nivel nacional durante la dictadura de Getúlio Vargas (1930-1945).⁴ Los documentos emitidos en este muy debatido campo demuestran que el obrero industrial calificado era identificado en forma rutinaria y sin excepciones como varón. No que se ignorara totalmente a la mujer; a medida que los educadores y los técnicos ponían mayor atención en la educación vocacional como medio de socializar a los obreros e incluirlos en un proyecto de desarrollo nacional, comenzaron a considerar la creciente necesidad de que las mujeres se especializaran en tanto amas de casa y madres. Un informe de 1934 emitido por un grupo avanzado de educadores vocacionales es típico de esta tendencia; dicho informe exige una educación doméstica obligatoria para las mujeres en todas las escuelas vocacionales, "porque la vida profesional de una mujer debe ser considerada como una fase meramente transicional: el destino le ha asignado (...) el rol de esposa, madre y ama de casa" (Fundação Getúlio Vargas 1928). De este modo, no sólo se marginalizaba cada vez más a la mujer trabajadora, por lo que su educación más allá de cierto límite resultaba un derroche, sino que el rol de "ama de casa" era visto como una tarea que requiere tutelaje e instrucción racional, y no como un producto natural de la experiencia femenina, al menos si la mujer pertenece a la clase obrera.

Uno de los documentos más influyentes emitido por el Ministerio de Educación en la década de 1930 fue el informe de 1938 sobre "Educación

profesional [vocacional] en Alemania”, por Rodolfo Fuchs, aliado cercano de Gustavo Capanema, el poderoso ministro de educación de Vargas. Fuchs consideraba que el sistema nazi de instrucción vocacional dentro de las fábricas era un modelo perfecto para Brasil. Alababa especialmente la estricta separación de los sexos en la educación vocacional alemana, tanto en los cursos como entre el personal docente, lo cual producía “mujeres femeninas y verdaderos hombres”. Notaba que São Paulo era la única ciudad donde los cursos para hombres eran dictados sólo por hombres, una positiva excepción que explicaba calificando a São Paulo como “la Prusia de Brasil”. También citaba con aprobación el requisito de que las muchachas alemanas que no asistían a una escuela secundaria estudiaban en una “escuela de artes domésticas” y pasaban seis meses al servicio de una “ama de casa experta”, aun cuando planeasen trabajar en la industria (Fuchs 1938).

A comienzos de la década de 1940, las negociaciones entre educadores, representantes del Ministerio de Trabajo e industriales habían producido un sistema altamente innovador de instrucción vocacional en el Brasil, conocido como SENAI (Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial).⁵ Controlado y mantenido por las asociaciones industriales, este servicio tenía una orientación altamente pragmática, que procuraba modelar la educación vocacional de acuerdo con las necesidades de sectores industriales específicos. Debido a ello, el SENAI, en contraste con muchas escuelas vocacionales, no excluía completamente a las mujeres de la instrucción industrial. Cursos breves (de dos meses), destinados a producir obreros textiles “semi-calificados”, estaban totalmente integrados por mujeres jóvenes, y otros como el de fabricación de papel, también considerado semi-calificado, incluían a mujeres (o más bien muchachas, ya que la mayor parte de los cursos se destinaban a “aprendices”). Una visitante del Departamento Norteamericano de Estadística Laboral, Mary Cannon, señaló que “el programa está orientado fundamentalmente a muchachos, aunque teóricamente hay también lugar para las niñas” (Wolfe 1990, p. 214). Estas oportunidades siguieron siendo teóricas en su mayor parte, pese al creciente empleo de mu-



jes durante el *boom* industrial en la época de la guerra. Y en algunos casos, se llegó a formalizar la exclusión de mujeres: los cursos de SENAI para supervisores en fábricas textiles (rol al que las mujeres, en algunas secciones totalmente femeninas, podían aspirar de modo realista) estaba oficialmente limitado a varones (*Informativo-SENAI* 1951, p. 2).

Los industriales y tecnócratas que fundaron el SENAI estaban también interesados en asegurar la socialización adecuada de las escasas muchachas enroladas en sus cursos. La escuela del SENAI en Campinas, São Paulo, anunciaba orgullosamente que había reducido las clases de matemáticas y de portugués para sus alumnas, y en su lugar se dictaba economía doméstica. Más aún, el informe se jactaba de que las muchachas

preparaban regularmente las comidas para todo el cuerpo estudiantil. SENAI no podía ser acusado de ignorar la “verdadera” vocación doméstica de la mujer (*SENAI-São Paulo* 1945, p. 29).

Mientras que SENAI reconocía a las mujeres como una presencia importante en el medio industrial (las muchachas constituían bastante más de la mitad de los obreros menores de 18 años), al mismo tiempo reforzaba el rol “natural” de la mujer como trabajador semi-calificado y temporario, y hacía más rígida la división entre calificado y semi-calificado. Las mujeres jóvenes estaban naturalmente dotadas para controlar el trabajo de las máquinas; más aún, su futuro rol como esposas y madres, o meras “suplementadoras” de los ingresos masculinos, convertía su instrucción vocacional completa en una imprudencia económica. En un artículo sobre “fatiga industrial”, el intelectual e industrial A.C. Pacheco e Silva fue excepcionalmente cándido acerca del papel adecuado de la mujer en la industria. Sosteniendo que demasiada instrucción podría crear descontento entre obreros destinados a las monótonas tareas típicas de la industria moderna, sugería que las mujeres fueran tomadas para el trabajo de “control de máquinas”, ya que esa monotonía las afectaba menos: a fin de cuentas, “vean como son capaces de tejer durante horas sin sentir la menor fatiga” (Pacheco e Silva 1946, pp. 11-13). En otras palabras, las tareas domésticas, por repetitivas, preparaban a las mujeres para el rol de obrero semi-especializado (y viceversa). Había un sitio para la mujer en la industria brasileña, pero pocas mujeres de la clase obrera habían de preferir un puesto permanente como trabajador semi-calificado al rol de dirigente doméstico especializado.



LAS mujeres de la clase obrera se veían afectadas sólo marginalmente por las operaciones del SENAI; en cambio, constituyeron un objeto central de atención para otro servicio más elaborado, establecido por los industriales durante ese mismo período. Creado por un decreto gubernamental en 1946, el Servicio Social Industrial, SESI, fue también mantenido y operado por las asociaciones industriales. Pero SESI tenía una misión mucho más amplia que el SENAI. Respondiendo a la ola de huelgas industriales de postguerra, los dirigentes industriales fundaron SESI como medio de proveer una amplia gama de servicios sociales a los obreros de la industria y sus familias. SESI tenía también

mucho en común con SENAI; las actividades de ambas agencias estaban imbuidas de una ideología de racionalización basada en las innovaciones de Taylor, Ford y la psicología industrial. SESI no era una organización filantrópica sino un vehículo para mejorar el standard de vida y el nivel higiénico y cultural de los obreros, mediante formas racionales de asistencia, asesoramiento, recreación e instrucción.⁶

Los mensajes de SESI acerca de moralidad e higiene estaban abstractamente dirigidos a hombres y mujeres, tanto en el trabajo como en el hogar. Pero los funcionarios de SESI en São Paulo tendieron crecientemente a presentar la respetabilidad cultural y las prácticas sanitarias como el dominio de la esposa y madre de la clase obrera, y virtualmente ignoraron a la mujer trabajadora. Desde el comienzo, SESI había enfocado parte de su atención en la mujer; los cursos de costura estuvieron entre sus primeros y más populares programas de instrucción. Los asistentes sociales de SESI también aprovechaban toda oportunidad de visitar hogares obreros, supervisar sus condiciones y dar consejos para el mejoramiento de la esfera doméstica. Por ejemplo, cuando un trabajador acudía a los servicios médicos de SESI pero no podía pagar los modestos aranceles, un asistente social visitaba su casa para determinar si los problemas financieros eran función de una mala administración del hogar. O, como lo dijera reveladoramente el presidente de SESI, Antônio Devisate, el asistente social investigaría “si las esposas de los obreros no podían hacer mejor uso de los sueldos de sus maridos”.⁷ A menudo, tras este contacto inicial o un encuentro en el centro social de SESI, el asistente social trataba de organizar un grupo de mujeres del barrio, en cuyas reuniones se hablaba de problemas personales y económicos, y el representante de SESI encaminaba amablemente el curso de la conversación hacia la sugerencia de soluciones a dilemas domésticos. Un asistente social de SESI describió dichas reuniones como un incentivo para que las mujeres de la clase obrera limpiasen y decorasen sus casas, “dado que ése no es el estado habitual de sus hogares...”.⁸ Simultáneamente, la subdivisión de SESI para asistencia a la familia comenzó a ofrecer cursos de puericultura, economía doméstica y cocina.

Hacia comienzos de la década de 1950, SESI-São Paulo había decidido concentrar esos diversos cursos para mujeres de la clase obrera en *Centros de Aprendizado Doméstico* (CAD); hacia 1954, existían 25 centros en todo el estado,

7 en la capital y el resto en suburbios y el interior. Los centros ofrecían regularmente tres cursos de cocina en diferentes niveles, así como cursos de puericultura, administración del hogar, higiene doméstica y preparación para el matrimonio. Los cursos de costura, previamente dictados sólo en fábricas o en los sindicatos, funcionaban ahora en muchos de esos centros. Y para completar sus actividades, SESI comenzó a publicar dos revistas mensuales, *Dona de Casa* (DC), de corta vida, y *SESI-Higiene* (S-H), que apareció durante un lapso mayor.⁹

Los centros ofrecían instrucción a mujeres de todas las edades; los cursos de *mãezinhas* (madrecitas) estaban destinados a muchachas entre 9 y 14 años, los de preparación para el matrimonio, a mujeres jóvenes, y todos los demás estaban abiertos a mayores de 16 años. Los centros llegaban también a las familias de sus alumnos; por ejemplo, muchos padres de *mãezinhas* asistían a reuniones mensuales con el personal del centro, donde se les informaba sobre el progreso de sus hijas y se conversaba sobre asuntos domésticos. Las estudiantes, especialmente las de los cursos de cocina, organizaban frecuentemente fiestas y concursos con la participación de amigos y familiares, y los actos de entrega de certificados daban ocasión a grandes celebraciones. Las mujeres asociadas con los centros también participaban de manera destacada en otras actividades de SESI, como los desfiles del Día del Trabajo y el Baile de Primavera. Una vez completados los cursos, una ex-alumna podía mantener contactos sociales mediante la "Asociación de Ex-Alumnas", formada en cada uno de los centros.

Nuevamente, todos estos cursos operaban sobre la hipótesis de que la mujer de la clase obrera era, ante todo, esposa y madre o futura esposa y madre. Podía trabajar antes de casarse, o trabajar fuera de la casa de modo intermitente después de casada para aliviar la situación financiera, pero su principal contribución pecuniaria al hogar residía en la organización racional del presupuesto, una atmósfera sana e hijos bien criados. Como lo dijera la primera edición de *Dona de Casa*, al referirse al nombre de la revista, "aquí tienen ustedes, en sólo tres palabras, el sueño dorado de casi todas las mujeres jóvenes". Más aún, los editores de *Dona de Casa* aparentemente consideraban que el rol de ama de casa estaba determinado biológicamente. En un artículo posterior, la revista contestaba a la pregunta "¿Es el sexo masculino superior al femenino?", afirmando

que no era cuestión de superioridad o inferioridad, sino de diferencia basada en una actividad hormonal distinta. "Como resultado, las mujeres son capaces de ver los pequeños detalles, mientras que los hombres sólo ven el cuadro grande". Continuando con este énfasis en las esferas diferenciadas, la revista concluía que "mientras el hombre obtiene sus éxitos en el trabajo (...) la mujer posee la compensación de criar hijos sanos..." (DC, agosto 1951, p. 4).

Con varios grados de sutileza, los cursos de economía doméstica enseñaban a sus estudiantes que las amas de casa, aunque no ganaran dinero, eran responsables en gran medida del nivel y la calidad de vida en sus hogares. De este modo, *Dona de Casa* estimulaba a sus lectoras a iniciar "por todos los medios posibles, una campaña contra la mala nutrición y la negligencia en los hogares brasileños". Un informe sobre un concurso de cocina entre estudiantes de los CAD en Santo André y São Caetano aseguraba a los lectores del *SESI-Jornal* (S-J) que "si todas las futuras amas de casa adquirieran conocimientos de artes culinarias, nutrición y dieta como los se aprenden en los centros de instrucción doméstica, pronto no existirían más problemas derivados de la deficiencia nutricional" (S-J, 12/12/1955). En ese mismo concurso, el presidente de SESI, Antônio Devisate,¹⁰ informó a su audiencia que "la ignorancia" de las tareas domésticas entre las mujeres de la clase obrera era una de las causas principales de las peleas conyugales, y que un 90% de los casos de separación atendidos por el Servicio de Asistencia Legal de SESI tenían sus raíces en esa incompetencia doméstica (S-J, 12/12/1955). De esa manera, el ama de casa competente no sólo podía proporcionar a su familia un hogar cómodo y una dieta balanceada, sino también salvar su matrimonio (como para destacar este punto, Anita Devisate, la "primera dama" de SESI, solía entregar, en los actos especiales, premios consistentes en licuadoras, platos, afiladores de cuchillos, etc.).

Gran parte del asesoramiento sobre cocina y tareas domésticas suministrado en los cursos de SESI consistía en información rutinaria que podía ser extraída de los cursos en economía doméstica ofrecidos en las escuelas vocacionales de São Paulo desde comienzos del siglo. Pero SESI imbuyó sus cursos de sus propias preocupaciones, poniendo énfasis en la racionalización de la labor doméstica y la adhesión a un código de conducta moral adecuada. Una temprana edi-

ción de *Dona de Casa* preguntaba a sus lectores: “¿Sabía usted que nuestro organismo es similar a una máquina?”. También informaba a las amas de casa actuales y a las futuras que “cada período de 24 horas debe ser dividido en tres períodos de ocho, a fin de ser mejor aprovechado” (*DC*, marzo 1950, p. 4; abril 1950, p. 4; *S-H*, enero 1956, p. 16). En contraste con la literatura sobre economía doméstica en sociedades más ricas, las publicaciones de SESI no ponían el acento en la maquinaria doméstica moderna, ya que la misma estaba fuera del alcance financiero de su público. Pero, por eso mismo, era necesario organizar y dirigir muy cuidadosamente el hogar obrero en el Brasil.¹¹

Los cursos y las publicaciones de SESI aconsejaban también a las jóvenes que fueran “modestas, simples y dulces”, señalando que los hombres salían a veces con mujeres bulliciosas, muy maquilladas y amigas de flirteos, pero para casarse buscaban mujeres recatadas. “Dona Nicota”, la columnista consejera de *Dona de Casa*, advertía a las muchachas contra toda forma de actividad sexual premarital, y las urgía a pensar menos en amor y matrimonio y más en tareas domésticas (*DC*, mayo 1950, p. 4; julio 1950, p. 4).

El tema de la moral adecuada surgía de manera aún más conspicua al tratarse de asuntos de salud, tanto en *Dona de Casa* como en *SESI-Higiene*. Esta última, publicada por el Serviço de Higiene e Segurança Industrial de SESI, estaba claramente destinado a las mujeres, ya que la mayor parte de sus artículos trataban sobre asuntos maritales, domésticos y de puericultura. El tema de los accidentes industriales aparecía en raras ocasiones, y en general, sólo en conexión con alguna práctica doméstica que contribuía a que ocurrieran. Y como gran parte de la literatura de la organización, *SESI-Higiene* declaraba que la buena salud era función del conocimiento acerca de la higiene y de la moral adecuadas, consideradas dos caras de la misma preciosa moneda.

La estrecha asociación entre higiene y moralidad está bien ilustrada por la extensa atención brindada por SESI al problema de la sífilis. Desde su creación, la organización invirtió una considerable porción de sus recursos para realizar exámenes médicos en centenares de miles de obreros industriales, a fin de detectar dicha enfermedad. La campaña pudo haber sido inspirada por el fundador de SESI, Roberto Simonsen, quien sostenía, basándose en una investigación

supuestamente científica que él mismo financiara en la década de 1920, que el 45 % de los obreros nacidos en Brasil sufrían de sífilis. Los resultados de los exámenes masivos realizados a fines de la década del 40 y comienzos de la del 50 revelaron una proporción mucho menor — 3,5% — entre obreros industriales, inferior inclusive a la de muchas naciones industriales de avanzada (Simonsen 1934, p. 28; *Relatório do SESI* 1953). Pese a ese alentador descubrimiento, SESI continuó tratando a la sífilis como la mayor amenaza a la salud de las clases trabajadoras brasileñas y como una preocupación fundamental para las mujeres de la clase obrera. De hecho, las publicaciones dirigidas a los trabajadores — es decir, a los hombres — mencionaban rara vez la sífilis u otras enfermedades contagiosas, mientras que las revistas femeninas hablaban continuamente de la amenaza de una infección venérea. La primera edición de *SESI-Higiene*, por ejemplo, incluyó dos artículos sobre el tema, uno de los cuales informaba a sus lectoras que es posible contraer la sífilis mediante un simple beso (*S-H*, mayo 1950, pp. 2-3).

Dado que para SESI la enfermedad venérea era un problema social importante de la mujer, no sorprende que una gran parte del material en el curso de “preparación para el matrimonio” se ocupara de las pruebas de detección y prevención de la sífilis. Los instructores aconsejaban a las futuras novias que eligieran cuidadosamente a sus maridos, y que prestaran especial atención al estado físico del futuro compañero. El examen prenupcial era obligatorio, y debía vigilarse constantemente para detectar signos de la enfermedad. También se ponía mucho énfasis en su impacto en la futura descendencia; la literatura de SESI informaba a sus estudiantes acerca del gran número de bebés muertos por efecto de la sífilis, sosteniendo que las pequeñas víctimas habían sido “asesinadas” por sus padres. Para ilustrar aún más este punto, *SESI-Higiene* dedicó un número especial a la hipotética historia de Lili y Maricota. Lili se casa con el primero que encuentra, no realiza un examen prenupcial, se enferma de sífilis, tiene un solo hijo que muere siendo muy pequeño, y termina enferma, abandonada y sin hijos. Maricota, en cambio, busca pacientemente al hombre adecuado, realiza un examen prenupcial, y se convierte en perfecta esposa y madre — como lo verifica la ilustración adjunta, en que aparece con un bebé en brazos y rodeada por otros seis niños. Parece que nadie en SESI halló ironía

alguna en la idílica imagen de una madre obrera con siete niños pequeños, situación que seguramente habría causado extrema pobreza en su familia (*S-H*, mayo 1954).

La sífilis no era la única enfermedad contagiosa atendida en los cursos de “artes domésticas”. La tuberculosis, enfermedad difundida por las malas condiciones de vida y una verdadera peste de la clase obrera paulista, era objeto de una preocupación similar. Durante sus primeros diez años, SESI examinó a más de un millón de obreros industriales y a sus familias para detectar tuberculosis, manteniendo también centros de tratamiento y un sanatorio. Pero la literatura de SESI prestó menos atención a esta enfermedad que a la sífilis, quizás porque el contagio de tuberculosis no podía ser tan fácilmente atribuido a una falla moral. SESI parece haber tenido una posición muy avanzada en su actitud ante las enfermedades que atacaban víctimas “inocentes”. La organización denunció los prejuicios irracionales contra la lepra; *SESI-Higiene* informó acerca de una mujer que, habiendo contraído la enfermedad, pospuso su matrimonio, recibió tratamiento, y una vez curada se casó, fue feliz y tuvo hijos sanos (*S-H*, enero 1955, pp. 3-4). Aparentemente, la obsesión de SESI con la sífilis tenía menos que ver con la incidencia o la severidad de la enfermedad, y más con los medios por los cuales se transmite.

Otra preocupación central de los instructores de artes domésticas de SESI y de las publicaciones conexas, era alejar a las mujeres de las comadronas y de los partos en la casa, y encaminarlas hacia médicos y hospitales. *SESI-Higiene* y *Dona de Casa* describían a la comadrona como “la inseparable amiga de Doña Ignorancia”, y a la prescripción del médico como inapelable, especialmente cuando entraba en conflicto con las prácticas tradicionales de aquélla. Al referirse a las altas tasas de mortalidad infantil, *SESI-Higiene* citaba causas ampliamente reconocidas como la falta de atención médica durante el embarazo y la primera edad, pero de modo típico echaba la culpa del problema a los padres: “Es necesario que los padres comprendan que ellos mismos son los mayores responsables de esa elevada mortalidad” (*S-H*, enero 1951, p. 4; noviembre 1953, p. 1).

Gran parte de la literatura producida por SESI en esta vena reflejaba fuertes tendencias norteamericanas, reforzadas por frecuentes cursos realizados por los “técnicos” de SESI en los Estados Unidos; pero al mismo tiempo, SESI

evidenciaba actitudes más tradicionalmente brasileñas en cuanto al tamaño de la familia ideal. A diferencia de los asistentes sociales norteamericanos, que tendían cada vez más a considerar que una familia numerosa era un factor importante en el empobrecimiento del hogar, el personal y las publicaciones de SESI pintaban una familia ideal con muchos niños – siete en el caso de la afortunada Maricota. Esta tendencia puede atribuirse, al menos en parte, a las estrechas relaciones de SESI con organizaciones católicas, que impedían toda referencia explícita a la planificación de la familia. De hecho, la única alusión al tema publicada durante los primeros años de la década de 1950 puede hallarse en un artículo titulado “Crimen y castigo”, que denunciaba estridentemente un pretendido aumento en el número de abortos. Sosteniendo que el alto costo de la vida impulsaba a las mujeres a cometer “verdaderos asesinatos”, *SESI-Higiene* acusaba de “tremendas barbaridades” a los abortistas laicos, a las parteras e “inclusive a médicos inescrupulosos que deshonoran el noble título que detentan”. El artículo recordaba a sus lectores que el “costo” del aborto, más allá del pecado de “matar a un ser humano”, incluía un considerable riesgo físico para la mujer. Un útero perforado “produce inevitablemente la muerte”, y además “la esterilidad y el cáncer de útero tienen su origen, en la mayoría de los casos, en estos horrible actos que, desgraciadamente, son tan comunes entre nosotros” (*S-H*, julio 1953, p. 3).

Otro “vicio” rutinariamente condenado por los cursos y las publicaciones de SESI era el consumo de alcohol, y aun la bebida en reuniones sociales era considerada indeseable. Según *SESI-Higiene*, “el alcohol destruye la felicidad del hogar, provoca la degeneración de la raza y perturba la tranquilidad social”. Aun cuando la literatura de SESI consideraba al exceso de bebida como una actividad predominantemente masculina, delegaba en la mujer la responsabilidad de percibir señales del vicio en un futuro marido, y de crear luego un ambiente doméstico que estimulara una vida limpia. En su única (y oblicua) referencia a la violencia doméstica, *SESI-Higiene* citó los constantes titulares de los diarios acerca de asesinatos y suicidios, la culpa de los cuales atribuyó a las víctimas que “ignoran la grave responsabilidad que es el matrimonio” (*S-H*, mayo 1953, p. 1). En resumen, el rol de la mujer era estirar el presupuesto familiar, dar a luz hijos sanos, crear un ambiente

hogareño saludable, impedir la difusión de la sífilis, y evitar las circunstancias conducentes al vicio y a la violencia. No es extraño que SESI reprendiera a las mujeres que trataban de casarse sólo para dejar de trabajar, recordándoles que "sus tareas [después de casadas] serán mayores y sus responsabilidades aumentarán en gran medida" (*S-H*, octubre 1951, p. 1).

Podría esperarse que tan intimidantes prescripciones para el rol de esposa y madre competente desalentaran a las mujeres de la clase obrera y limitaran su inscripción en los cursos de SESI; pero de hecho los centros continuaron siendo el más popular de sus programas. Desde 1948, cuando comenzaron a funcionar los cursos de "artes domésticas", hasta 1959, los centros otorgaron cerca de 200.000 "certificados de aprobación" a mujeres paulistas, y otros 14.000 a mujeres que completaron cursos por correspondencia (*Relatório do SESI* 1959). Desde ya que muchas de ellas participaban en varios cursos, lo cual reduce el número total de individuos representados por dichas cifras. Sin embargo, las estadísticas probablemente subestiman el impacto de los centros, ya que no incluyen a mujeres que asistieron a varias clases pero no llegaron a completar un curso, a los parientes que participaban en actividades de los centros, y a las 51.000 graduadas de los cursos de costura.

Podemos sólo hacer una estimación teórica del atractivo de esos cursos, ya que la observación ocasional o la carta citada por SESI no llegan a constituir ni siquiera un muestreo casual de las opiniones de los estudiantes. Por ejemplo, los cursos de costura eran presentados como vehículos para la educación social y para la reducción de los gastos hogareños, pero es evidente que muchas mujeres se enrolaban por otras razones. Virtualmente, todos los comentarios hechos por ex alumnas sobre esos cursos mencionan la importancia de adquirir un conocimiento que les permitiría una ganancia suplementaria respecto del salario de sus maridos. SESI puede haber negado que esos cursos fueran "profesionales", pero las mujeres inscriptas en los mismos sostenían lo contrario. Con todo, la misma explicación no es aplicable a la mayoría de los otros cursos. Excepto el nivel superior, las clases de cocina eran demasiado rudimentarias como para proporcionar un medio de ganar dinero, y los otros cursos eran sólo relevantes dentro de la esfera doméstica, es decir, del trabajo impago.¹²

¿Por qué, pues, aflúan miles de mujeres a esos cursos de cocina, puericultura y otras "ar-

tes domésticas"? Quizás el centro las atraía como ámbito exclusivo para mujeres, donde podían reunirse con otras de su misma clase y conversar acerca de problemas genuinamente relevantes de su vida cotidiana. Después de todo, ¿qué otra institución ofrecía a mujeres urbanas de clase obrera un lugar de reunión o un foro semejante? Ciertamente no los sindicatos, predominantemente masculinos, ni la iglesia, presidida por el cura, ni el típicamente masculino café del barrio. De modo que, si bien el enfoque de SESI puede parecer, en una mirada retrospectiva, predominantemente moralista y a menudo distanciado de la realidad, de hecho se ocupaba de asuntos centrales en la vida de casi todas las mujeres —limpieza, compras, cocina, crianza de los niños— estimándolos como serias responsabilidades que merecían una cuidadosa consideración. En una sociedad que prácticamente ignoraba el trabajo impago de la mujer, la metódica atención de SESI a esas actividades, cualquiera fuese su sustento ideológico, proporcionaba probablemente un contraste vivificante.

Es también probable que SESI estuviese en lo cierto al suponer que la mayoría de las mujeres de clase obrera aspiraban al rol de esposa y madre. En una sociedad en la que la obrera industrial era rígidamente considerada como operario no calificado con escasas oportunidades de educación vocacional, avance profesional o participación activa en su sindicato, pocas mujeres podían considerar el empleo industrial como alternativa deseable para toda la vida.¹³ Un estudio de SENAI sobre familias de estudiantes, si bien no necesariamente basado en "típicos" hogares obreros, reveló que la madre del estudiante contribuía en un promedio de 4% o menos al total de ingresos familiares (*SENAI - Evasão Escolar* 1952, pp. 7-9). Y es bien sabido que las mujeres empleadas en fábricas a menudo cumplían un "doble turno", ya que realizaban en su casa exactamente las mismas tareas que efectuaban las que no trabajaban afuera. Si bien sus actividades les dejaban poco tiempo para cursos de SESI, dichas mujeres pueden haber tenido cierto interés en los ofrecimientos de los centros y pueden haber intentado participar en los mismos. Nuevamente, SESI hizo muchos esfuerzos para dar a sus alumnas una sensación de realización personal e importancia, en el acto de entrega de certificados de estudio (junto con un sentimiento de gratitud hacia los patrocinadores de la organización). En dichas ceremonias, el prominente rol de la "primera dama" del FIESP, Anita De-

visate, y la presencia de funcionarios políticos y eclesiásticos, huelen evidentemente a *noblesse oblige*, pero su participación acentuaba la solemnidad de la ocasión, la cual constituía indudablemente una experiencia excepcional para muchachas y mujeres acostumbradas a que sus considerables esfuerzos domésticos pasaran desapercibidos.¹⁴ De modo similar, los diversos eventos festivos promovidos por SESI les ofrecían una rara oportunidad de vestir ropas formales —a menudo confeccionadas en cursos de SESI— y emular un estilo de vida que normalmente les era inaccesible. Mientras que el hombre de clase obrera tenía acceso a la cultura del trabajo industrial y a imágenes accesibles de masculinidad —cuyo énfasis recaía en la fuerza, la habilidad y la capacidad de ganar un sueldo—, la mujer era constantemente bombardeada con imágenes de femineidad y sexualidad que estaban más allá del alcance de un ama de casa económicamente restringida y doblegada por el trabajo. Y SESI aprovechó toda oportunidad para reforzar dicho aspecto en sus programas para mujeres. Su celebración de gala de Año Nuevo incluía la coronación de una “Reina de los Trabajadores”, y su baile de primavera culminaba con la elección de una “Reina de Primavera” y la presentación de *brotyinhos* (adolescentes, literalmente “capullitos”) de la clase obrera. Aparentemente, esas actividades poseían gran atractivo entre las mujeres de dicha clase (*S-J*, 31/1/1949, p. 1).

A su manera, SESI rendía homenaje a su futuro o actual rol de esposas y madres, al mismo tiempo que disminuía o denigraba su status de clase, e ignoraba totalmente la idea de que ellas también podrían haber sido obreras. El objetivo del ama de casa era cultivar una apariencia elegante, estirar el presupuesto, decorar la casa y organizar la esfera doméstica de modo de aproximarla cuanto fuera posible al hogar ideal de clase media —objetivos que seguramente causaban frustración en muchas de las egresadas de los centros. Un artículo que enseñaba a encerar los pisos una vez a la semana debe haber parecido por lo menos irónico a las muchas mujeres que vivían en construcciones improvisadas. Pero el personal de SESI se complacía en las transformaciones visibles operadas por los CAD. Como lo dijera una educadora social, durante una ceremonia de graduación: “Miren cómo estas jóvenes damas, con muy escasas excepciones, han adquirido desenvoltura y alzan orgullosamente la cabeza. Ni siquiera parecen

mujeres trabajadoras” (*S-J*, 31/5/1951; el subrayado es mío).

En la medida en que es posible discernir un tema común a estas muy diferentes áreas de educación, instrucción práctica y servicios para mujeres, creo que podemos observar un persistente énfasis en la transformación de mujeres de clase obrera en modelos de respetabilidad burguesa. Es, casi, como si el objetivo fuera convertir a la “mujer trabajadora” y aun a la “mujer de clase obrera” en un oxímoron. Una mujer podía incidentalmente pertenecer a la clase obrera en virtud del empleo de su marido y de sus limitados recursos, pero sus actitudes, valores y aspiraciones no debían reflejar los que SESI tradicionalmente asociaba con dicha clase. Nuevamente, los hombres podían sustentarse en largas tradiciones de calificación, organización, fuerza viril y capacidad de ganar dinero, para procurarse una identidad obrera viable (es decir, viable tanto entre ellos como dentro del contexto social mayor). Pero, ¿en qué tradiciones podían basarse sus mujeres? ¿En un trabajo denigrado como “no-calificado” y pobremente pagado? Existían, por supuesto, mujeres de clase obrera indóciles, no convencionales, insolentes y desafiantes, pero su conducta provocaba críticas no sólo de los empleadores y reformadores de clase media, sino habitualmente de sus propios maridos, padres y hermanos.

La mayoría de los historiadores que han estudiado los movimientos laborales en América Latina y en otras regiones, han considerado positivamente a los obreros dotados de fuerte conciencia de clase, mientras que indican su implícita desaprobación y desilusión ante los que carecen de identidades obreras bien definidas. En consecuencia, no es sorprendente que la mayoría de los historiadores de los movimientos femeninos hayan tratado de demostrar que las mujeres tomaban parte en las actividades sindicales militantes, o que exhibían sus propias variantes de conciencia de clase, basadas en experiencias femeninas.¹⁵ Lo que sugiero es que, al menos en el caso de São Paulo, las identidades masculina y femenina se combinaban de maneras distintas con las identidades de clase. Mientras que las imágenes de una conducta masculina aceptable o deseable reforzaban la identidad del obrero, las de la mujer hacían exactamente lo contrario. La “mujer trabajadora” era una criatura patética y mal pagada que minaba el poder de ganancia de los hombres y estaba condenada a una monótona rutina de trabajo; una muchacha podía

aceptar tal situación como breve hiato en su marcha hacia el matrimonio y la familia, ¿pero qué mujer adulta elegiría de buena gana tal destino? Y una vez fuera de la fábrica, ¿cómo medía la sociedad el éxito de un ama de casa? Ciertamente, los modelos de éxito doméstico (y apariencia personal adecuada) reflejaban típicamente un ideal de clase media en el cual un hogar limpio, confortable y ordenado es presidido por una esposa y madre competente y vestida a la moda.

En consecuencia, propongo que esta mujer poseía una identidad de clase relativamente débil, disminuida aún más por una colección de programas desarrollados por quienes la consideraban una especie de puente entre la clase obrera y la clase media. La mujer que aprendía un oficio en la Escola Feminina se convertía en dueña o empleada de un pequeño negocio en el

que las identidades laborales no podían conformarse según las clásicas pautas proletarias. Y a partir de los años treinta, hubo creciente presión sobre las mujeres de la clase obrera para que se viesen a sí mismas ante todo como futuras amas de casa y madres. En la esfera doméstica, su mejor posibilidad de éxito y realización personal dependía de la medida en que consiguieran seguir los lineamientos de la respetabilidad burguesa. Fueran trabajadoras no-calificadas o amas de casa, las identidades genéricas de las mujeres conferían a su status "obrero" un significado muy diferente del que éste tenía para los hombres. Una clase social puede abarcar tanto a hombres como a mujeres, pero probablemente no de la misma manera

Traducción: Florinda F. Goldberg

NOTAS

- 1 Sobre el rol de la mujer en la fuerza de trabajo industrial de Brasil, en su época temprana, véanse Moura 1982, Pena 1981, Wolfe 1990.
- 2 Acerca de la obrera como "problema social" en este período, véase Rago 1985.
- 3 Sobre las mujeres que excepcionalmente alcanzaron puestos calificados dentro de la industria, véase Veccia 1989.
- 4 Respecto de los esfuerzos realizados en el régimen de Vargas, a fin de crear un sistema de enseñanza vocacional a nivel nacional, véase Weinstein 1990.
- 5 Sobre la fundación de SENAI, véase Weinstein 1990, pp. 393-394.
- 6 Sobre la fundación de SESI, véase Weinstein 1990, pp. 397-398.
- 7 Transcripción de entrevistas con Antônio Devisate, presidente de FIESP, São Paulo, 12/4/56; y con María José Serra, asistente social de SESI, São Paulo, 16/4/56. Robert Alexander Archive, Rutgers University, New Brunswick, New Jersey.
- 8 Educador Social (São Paulo), marzo de 1953, p. 4; entrevista con Hugo Guimarães Malheiros, jefe del Servicio Social de SESI, 13/4/56. Robert Alexander Archive, Rutgers University.
- 9 Debido a la superposición de gran parte de sus materiales, en 1955 SESI decidió fusionar ambas revistas bajo el nombre de *SESI-Higiene*.
- 10 El presidente de la Federação das Indústrias do Estado de São Paulo (FIESP) se convertía automáticamente en presidente de SESI.
- 11 Para un análisis de un enfoque similar de la economía doméstica entre mujeres obreras, véase Nolan 1990.
- 12 Los cursos de cocina pueden haber tenido utilidad profesional para mujeres empleadas en el servicio doméstico, pero ciertamente los cursos no estaban dirigidos a ese objetivo. Sobre la relativa exclusión de afro-brasileños de las ocupaciones industriales y su concentración en el servicio doméstico, véase Andrews 1991, pp. 79-80, 101.
- 13 Muchos sindicatos consideraban que la esfera doméstica era la prioritaria para la mujer, y la "página femenina" de sus periódicos se llenaba con consejos domésticos provenientes de SESI. Véase, por ejemplo, *O Trabalhador Gráfico* (São Paulo), marzo 1960, p. 6. Este caso es particularmente notable, dado que, en todos los otros temas, el sindicato de impresores mantenía una posición muy crítica frente a los programas y proyectos de SESI.
- 14 Por ejemplo, el intendente de Santo André, uno de los suburbios más antiguos y grandes de la capital, fue patrocinador (*paraninfo*) de una promoción de graduados de cursos de costura (*S-J*, 30/4/1951).
- 15 La posición más vigorosa a favor de la militancia obrera femenina puede hallarse en Wolfe, quien inclusive procura demostrar que las mujeres fueron la "vanguardia" del movimiento sindical.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Andrews, George Reid (1991). *Blacks and Whites in São Paulo, Brasil, 1888-1988*. Madison, Wisconsin.
- Besse, Susan K. (1983). "Freedom and Bondage: The Impact of Capitalism on Women in São Paulo, Brazil, 1917-1937". Tesis de doctorado, Yale University.
- Campos, Carlos de (Presidente do Estado de São Paulo) (1925). *Mensagem a Assembleia Legislativa*, 14/7/1925.
- Escola Profissional Feminina (1922). *Relatório dos Trabalhos*. São Paulo.
- Escola Profissional Masculina (1914). *Relatório dos Trabalhos*. São Paulo.
- Escola Profissional Masculina (1920). *Relatório dos Trabalhos*. São Paulo.
- Fuchs, Rodolfo (1938). "O ensino profissional na Alemanha (Berlín, 1938)". FGV, CPDOC, GC/g 35.12.00, Doc. I-10.
- Fundação Getúlio Vargas (1928). "Organização Geral do Ensino Profissional". Rio, CPDOC, GC/g 34.11.28.
- Informativo-SENAI* (1951), VI, N. 60, São Paulo, enero.
- Moraes, Carmen S. Vidigal (1990). "A socialização da força de trabalho: Instrução popular e qualificação profissional no estado de São Paulo, 1873-1934". Tesis de doctorado, Universidade de São Paulo.
- Moura, Esmeralda Blanco B. de (1982). *Mulheres e menores no trabalho industrial: Os fatores sexo e idade no dinâmica do capital*. Petrópolis: Vozes.
- Nolan, Mary (1990). "'Housework Made Easy': The Taylorization of Housework in Weimar Germany". *Feminist Studies* 16, N. 3 (Fall), pp. 549-77.
- Pacheco e Silva, A.C. (1946). "A fadiga industrial". *Boletim SENAI* II, N. 16, noviembre.
- Pena, Maria Valeria (1981). *Mulheres e trabalhadores. Presença feminina na constituição fabril*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Rago, Margareth (1985). *Do cabaré ao lar. A utopia da cidade disciplinar. Brasil: 1890-1930*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Relatório do SESI* (1953). São Paulo.
- Relatório do SESI* (1959). São Paulo.
- Scott, Joan W. (1988). *Gender an the Politics of History*. New York: Columbia University Press.
- SENAI-São Paulo (1952). *Evasão escolar*. Vol. III.
- SENAI-São Paulo (1945). *Relatório pelo ano 1945*.
- Silveira, Horacio da (1935). *O ensino tecnico-profissional e doméstico em São Paulo*. São Paulo: Imprensa do Estado.
- Simonsen, Roberto (1934). *Ordem economica, padrão de vida*. São Paulo.
- Veccia, Theresa R. (1989). "Women, Work and Family Life: São Paulo Textile Workers, 1900-1950". Manuscrito no publicado.
- Weinstein, Barbara (1990). "The Industrialist, the State, and the Issues of Worker Training and Social Services in Brazil, 1930-1950". *Hispanic American Historical Review* 70, N. 3, pp. 379-404.
- Wolfe, Joel (1990). "The Rise of Brazil's Industrial Working Class: Community, Work, and Politics in São Paulo, 1900-1955". Tesis de doctorado, University of Wisconsin-Madison.